

A
T
I
P
E
O



José Félix Azurmendi

TTARTALO

Diseño de colección: Unai Arana
Portada: Lorea Uribe-Etxebarria
© José Félix Azurmendi Badiola
© Ttarttalo S.L. Donostia 2012
D.L.: SS-1015-2012
ISBN: 978-84-9843-385-2
Editorial TTARTTALO
Calle Portuetxe, 88 bis
20018 Donostia
Tel. 943-31 02 67/Fax: 943-31 02 16

ttarttalo@ttarttalo.com
www.ttarttalo.com

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). Los citados derechos están protegidos por el organismo CEDRO (www.cedro.org).

Impreso en Leitzaran Grafikak S.L. Martin Ugalde Kultur Parkea. Andoain (Gipuzkoa)

José Félix Azurmendi

PNV

ETA

crónica oculta
(1960-1979)

INTRODUCCIÓN

DE LAS MAYÚSCULAS A LA LETRA PEQUEÑA

La Historia se escribe casi siempre en letras mayúsculas; monarcas y dinastías, políticos y notables, guerras, pactos y alianzas de naciones, congresos, golpes de estado. Esta Historia, estructurada con ponderadas y esclarecedoras líneas –no hablo de lejanas memorizaciones infantiles con listas de fechas o reyes godos y glorias imperiales a recitar de carrerilla– siempre convivió con la otra historia; la de las “minúsculas,” la de la letra pequeña; monografías que rescatan entornos y detalles, testimonios personales, entrevistas, confesiones y memorias, reveladoras cartas cruzadas, retratos de ambientes de época y de la cotidianidad, confidencias privadas, experiencias notables, pequeños o grandes reportajes.... En la difícil síntesis de ambas “letras” se han consagrado algunos historiadores capaces de “pensar” la historia, iluminando así los claroscuros del tiempo. No se olvide, sin embargo, que la literatura de estos grandes autores no hubiera sido posible sin la imprescindible y fundamental apoyatura de la “letra pequeña”.

Por más que José Félix Azurmendi haya acabado realizando un ejercicio de esa “letra pequeña” –dejando claro el sentido positivo del término, desprovisto totalmente de connotaciones negativas–, su trabajo no parece situarse en el terreno de la historiografía sino en la necesidad de contar y recapitular experiencias y hechos que pudieran perderse lamentablemente, necesidad muy propia de alguien del oficio (largos años en el periodismo escrito, radio y televisión) con privilegiadas vivencias, como interlocutor unas veces, protagonista en otras, en el marco de la Euskadi de los años sesenta y setenta.

Azurmendi ha querido centrarse en un periodo concreto alrededor del Partido Nacionalista Vasco, PNV, y Euskadi Ta Askatasuna, ETA, periodo marcado por complejos y controvertidos avatares. Abarca desde el nacimiento de ETA y la muerte del histórico primer Lehendakari J. A. Aguirre, hasta la llegada a Euskadi sur del segundo Lehendakari Leizaola (1960-1979) y la muerte del Almirante Carrero.

El título *Crónica oculta* avanza una predisposición hacia lo escondido, a lo aparentemente marginal, que entraña, a menudo, la clave de

hechos más relevantes. Se trata de un relato de detalles, mucho inéditos, otros contados en primera persona. Es un memorial atravesado por dos sobresalientes, aunque no excluyentes, hilos conductores; por una parte las experiencias del autor y su acercamiento a los acontecimientos y las personas; por otra, su referencia preferente a las opiniones y juicios de Manuel Irujo, uno de los personajes más representativos del Nacionalismo Vasco en todo este periodo

El resultado de estos y otros muchos vectores dispersos en el libro acaba componiendo un gran retablo en el que se instalan con centralidad las tortuosas relaciones entre los *burukides* nacionalistas y los dirigentes de una organización de jóvenes estudiantes nacida, como sus padres, a la sombra del árbol de Gernika, en el año sesenta. Son relaciones de amor y odio, de desavenencias, acuerdos o rencores. Se inician entre la paternal y autosuficiente comprensión de un PNV que ve en aquellos chicos "impulsivos e inmaduros" al hijo de Don Nicolás – Julen Madariaga –, al sobrino de doña Isabel Larraz – José Mari Eskubi – o al hijo del primer delegado del Gobierno Vasco en Venezuela – Jokin Garate –. Muchos de ellos proceden de los más inconformistas entre las juventudes nacionalistas del Partido (EGI).

Esa primera complicidad mantiene un artificial equilibrio en el que Landaburu e Irujo mantienen todavía algunos diálogos-entrevistas con ellos. Se confirma esta cercanía en la celebración conjunta del Aberri Eguna en Gernika de 1964 y en Bergara en 1965. Pronto da paso a reticencias y puestas en guardia respectivas. Acabarán en sensibles distanciamientos concluyendo en duros enfrentamientos. Tempranos episodios tan significativos como el de las ruedas reventadas del coche de Sota lo dicen todo. Habrá situaciones de mayor distensión con momentos puntuales en los que se ensayan acuerdos sobre temas fundamentales, por más que sean esos mismos temas los que acaben ahondando la separación y distancia. La ejecución de Angel Berazadi y el fracaso con ruptura de las conversaciones de Txiberta en 1977 ponen punto final al periodo que le ocupa a Azurmendi. A caballo de esta acotada cronología se cruzan y entrecruzan innumerables episodios que afectan a las dos grandes corrientes abertzales. Desde las discrepancias de Irujo con Ajuriaguerra, Estornés Lasa, Irala o Eli Gallastegi a los enfrentamientos dentro de ETA, diferencias políticas que estallan en diferentes asambleas (Eskubi, Patxi Iturrioz, los pm) consecuencias, a veces, de atentados, acciones y sucesos de primera plana (fusilamientos del 75, juicio de Burgos, muerte de Carrero, atentado de la calle Correo).

De ello y de mucho más, de lo que se piensa, se recela y se oculta en la trastienda de estos años habla este libro. Desfilan por él emblemáticas figuras y personajes: Krutwig o Ajuriaguerra, Etxabe o Iturbe,

Aspiazu o Monzón, Etxebarrieta o Arzalluz, Leizaola o Julen Madariaga, Irala o *Txillardegí*, Onaindía... y tantos otros, algunos menos sonoros: Turullols, Inza, Sauzon, Ugarte, Zalbide... pero no por ello menos válidos para recomponer una historia-reportaje que revaloriza, una vez más, la importancia de la mentada letra pequeña. A mi modo de ver, en ello reside el notable mérito de estas páginas apretadas y apasionantes que ha escrito José Félix Azurmendi.

Xabier Sánchez Erauskin
Algorta-Getxo, Julio de 2012

PRÓLOGO

El tiempo contemplado en esta crónica va desde la muerte del Lehendakari José Antonio Aguirre y su sustitución por Jesús María Leizaola en 1960, hasta el cierre por éste de la *Delegation Basque* de París, a finales de 1979. Son los veinte años en los que la generación de la guerra del Partido Nacionalista Vasco convive y malvive con los nuevos patriotas de ETA, que acaba de nacer cuando Aguirre muere. En el momento en el que Leizaola regresa a la Euskadi peninsular, ha empezado ya otra historia, para el PNV y para ETA, con otros protagonistas y con otros planteamientos. No son estos veinte años los mejores para una generación marcada por el largo exilio, avejentada, desilusionada, con importantes bajas de compañeros y amigos, con dificultades económicas graves que afectan a su quehacer político y a su subsistencia personal. Son años de guerra fría, guerra de bloques, profundos cambios sociales, ante los que la respuesta de los viejos y los nuevos abertzales es inevitablemente distinta. Es tiempo de descolonización, creación de nuevos Estados, puesta en práctica de nuevas estrategias de liberación. Es el tiempo de Makarios, Ben Bella, Castro y el Ché; de Vietnam, Israel y Palestina. Es el de Mayo del 68, el de la invasión de Praga, el del Muro de Berlín. En estos veinte años el mundo cambia de raíz, y a la generación de la guerra le sorprende sin energía y sin relevo. El tiempo y la marea corren a favor de los jóvenes, como lo reconoce con resignación Manuel Irujo en repetidas ocasiones.

Un grupo de físicos acaba de lograr lo que parecía imposible: modificar desde el presente un evento que ya había sucedido con anterioridad. El 'espectacular hallazgo' se publicaba en enero de este año 2012 en *Nature Physics*. Historiadores, sociólogos y políticos lo vienen haciendo entre nosotros todos los días y ninguna publicación científica lo toma en cuenta. Esta crónica pretende por el contrario, en la medida de lo posible, situarse en el pasado, recoger lo que se decía y a los que lo decían en cada momento, sin tener en cuenta lo que luego pasó, sin modificarlo, aunque ellos sí hubieran cambiado. No hay nada más clarificador y sincero que el género epistolar: las cartas son base de buena parte de este trabajo, muy especialmente las innumerables que escribió

Manuel Irujo, que se constituyen en una excelente guía para seguir la historia de cada ocasión. Junto a la correspondencia de unos y otros, son los Documentos –los de ETA recogidos en la exhaustiva colección de *Hordago*, y los policiales–, los informes, la prensa diaria y recuerdos personales contrastados el basamento de este cometido.

Son muchos los que han puesto como pretexto o explicación para no escribir sus memorias que en ellas sólo se recuerda lo que viene bien al presente, y al presentador. Dijo con razón Jesús María Leizaola algo más: dijo que para este género del memorialismo sólo son fiables las cartas, la correspondencia. Afortunadamente, gracias sobre todo a la irrefrenable necesidad de escribir y archivar de Manuel Irujo, y de Txillardegui, Krutwig, Martín Ugalde, Eli Gallastegi, Alberto Onaindia, Julio Ugarte, Pío Montoya, Iñaki Aspiazu, etc., etc., contamos con una copiosa correspondencia y con testimonios de primera mano que van retratando el estado de la cuestión entre PNV y ETA en cada momento: cartas que son como fotografías que nos legan en tiempo y forma la verdad del autor y sus circunstancias. Luis Chalbaud, S. J. se lo decía a Manuel Irujo en 1962: “Acumulas experiencia y acumulas ciencias para poder aconsejar con fundamento sobre todo cuanto se ha tenido el cuidado tuyo de archivar: documentos y datos que aseguran la inseguridad de la memoria”. Así es, y ello a pesar de que le quemaron todos los que guardaba en Las Landas de su tiempo de ministro y de la guerra, por temor a los alemanes que llegaban, lo que no dejó de lamentar todos los días mientras vivió.

Este trabajo se presenta con la modestia de una crónica periodística, que es también una forma de autoprotección y de advertencia al lector. Ha habido que elegir entre muchos testimonios. La guía a tal efecto ha sido la de optar por el que se juzgaba más significativo, sorprendente o desconocido a fin de retratar al PNV, a ETA, a sus relaciones y sentimientos respectivos. Sobre esta cuestión se ha dicho de todo, y casi siempre de manera interesada. La lectura de estos relatos puede contribuir a clarificar malos entendidos, maledicencias, desconocimientos clamorosos y osados, que no han sido óbice para que algunos pretendidos expertos hayan realizado afirmaciones rotundas como que “El PNV siempre estuvo contra ETA, ETA nació contra el PNV y para ocupar su lugar, ETA fue creado por los Servicios de Pepe Michelena, ETA es la adaptación del *Jagi* o de ANV a otros tiempos, la sociedad vasca no le debe nada a ETA, ETA es una indigestión de las doctrinas de Sabino Arana, ETA nació en un seminario...”. Quedan en el aire preguntas razonables como si su nacimiento hubiera sido evitable, si el PNV pudo haberlo evitado, si lo hubiera evitado José Antonio Aguirre de no haber fallecido tan pronto, o por qué los primeros muertos se

producen en 1968 y no antes, a pesar de que ETA tenía ya diez años de vida, y por qué cuando empieza la transición al postfranquismo ETA multiplica su actividad armada. Colaborar a responder a estas y otras cuestiones es la pretensión de esta crónica.

José Félix Azurmendi
Algorta-Getxo, Julio de 2012

1960

MUERE AGUIRRE, LE SUSTITUYE LEIZAOLA, NACE ETA

José Antonio ha muerto quizá en los mejores momentos para él. No ha tenido errores, es un hombre limpio ante la mente de todos.

Miguel José Garmendia, aristócrata navarro del PNV, desde México

José Antonio Aguirre Lecube murió en París a los 56 años de edad el 22 de marzo de 1960. Esa mañana, a primera hora, sufrió un ataque de angina de pecho y falleció en casa a las seis de la tarde, auxiliado espiritualmente por el canónigo Alberto Onaindia. Entrada la noche, los más íntimos le rezaron un rosario de cuerpo presente. Al día siguiente, el féretro fue expuesto en la Delegación del Gobierno Vasco. El sábado 26 tuvieron lugar los funerales solemnes en la iglesia de Saint Pierre du Gros Caillou de Saint-Germain-des-Prés. A su término, el cortejo fúnebre puso rumbo a San Juan de Luz. Llegó el domingo a las cinco de la tarde. Se depositó el ataúd en Mende Berri, la casa de Telesforo Monzón, donde lo velaron toda la noche. A las 9:30 del lunes lo trasladaron a la iglesia parroquial de Donibane Lohizune a hombros de antiguos *gударis*. Y tras los funerales, el cortejo caminó bajo la lluvia hasta el cementerio, en silencio, enmudecidos los txistus en señal de duelo.

A la puerta del cementerio, ante su féretro, cubierto por la ikurriña del Batallón Saseta, Jesús María Leizaola Sánchez, que ya le había sustituido en su calidad de vicepresidente durante la etapa de ocultamiento de los nazis, se juramentó como sucesor, en aplicación del orden institucional, y de la voluntad de Juan Ajuriaguerra. Hubiera podido pensarse que había candidatos más adecuados, pero Irujo, por ejemplo, no era "vascongado" y el gobierno sí, y tampoco era de fiar para el "pentágono" de Beyris y el "sanedrín integrista" de los *sabindarrak*; Ajuriaguerra, que mandaba desde el interior, era hombre de partido más que de gobierno. Monzón había dimitido como consejero del Gobierno Vasco en septiembre de 1953, en desacuerdo con la línea política del PNV. Tal vez hubiera podido sucederle Javier Landaburu, más abierto a la juventud y a las nuevas ideas de ETA, más conciliador y dialogante, pero no hablaba euskera, y seguramente ya se sabía que su salud era delicada: morirá el 6 de mayo de 1963.

Los panerígicos, solemnes, poéticos y sentidos, destacaron del muerto que era un vasco, un cristiano, un hombre que creía en su patria, en su religión, en la humanidad. Y que por haber creído en su patria, fue exilado. Por haber creído en su religión, olvidado. Por haber creído en la humanidad, víctima. "Porque creyó, porque amó y porque sufrió, encerraba en él las tradiciones de un pueblo como la historia no conoció otro semejante", escribió Pierre Dumas. "¿Quién más que él podría haber sido víctima de un injusto destino?", expresó François Mauriac. Carlos Baraibar lo evocó "firmemente plantado sobre el suelo como un roble, con los rasgos faciales de la gente vasca acusados, hasta hacer de él un arquetipo" y reuniendo "las virtudes esenciales de un genuino conductor de hombres". Grignon-Dumoulin subrayó de él que había sido un demócrata intransigente, católico fiel, nacionalista apasionado; un hombre lúcido, sincero, consagrado por entero a su causa. El 'Amigo de los Vascos' monseñor Clément Mathieu Lorda, obispo de Dax, pronunció su oración fúnebre recordando que "estamos aquí para rezar juntos, para asociarnos al duelo inesperado que nos ha sumido en el estupor, para tomar parte en la prueba de una familia y de esta gran familia que es nuestro pueblo, que pierde en el Presidente Aguirre el guía lúcido, el servidor eminente de una causa a la cual él consagró toda su vida. En él saludamos al vasco y al cristiano'.

Manuel Irujo confesaría que le resultaba más fácil sentirlo y admirarlo que hablar o escribir sobre él. Tras clamar con el clásico "quién supiera escribir", le recordó –"gestor de la causa del pueblo vasco desde 1931, alcalde, diputado, escritor y Presidente de Euzkadi desde 1936"– como "mucho más que un hombre representativo". No exageraba al decir que José Antonio Aguirre se había "trocado en símbolo, en oráculo, en mito viviente", para hombres, mujeres y jóvenes como los que habían cruzado la frontera trayendo tierra de Sukarrieta, de Gernika, de Aralar, para que "tocándola, repose su cuerpo por siempre fundiéndose al calor de los símbolos, de los mitos, de las leyendas y creencias de la Euzkadi eterna". Arrebatado por la emoción, Irujo proclamó que "historiadores o poetas, quienes de él escriban o canten, habrán de rendirle el homenaje debido a quien, situado en una confusa encrucijada de la historia, ha sabido vivir y morir dejando tras de sí la estela de un hombre de bien, cristiano, demócrata, vasco, y animado por la luz de la esperanza en un futuro mejor para la humanidad". Quedaban lejos y olvidados desencuentros pasados, los duros reproches de José Antonio por la manera como el navarro había gestionado desde Londres su obligada ausencia pública.

El deterioro de la salud de Aguirre ya venía siendo advertido por algunos compañeros y todos estaban de acuerdo en que debía fumar

menos. En mayo de 1951, el ex delegado del Gobierno Vasco en Londres Angel Gondra comentaba a Irujo que le había sorprendido e impresionado su afección respiratoria: "Quizás ustedes, por verle diariamente no se den cuenta –le escribí–, pero a mí me hizo mucha impresión, no tanto por la tos, sino por la musiquilla que tiene al respirar y que a mí me parece de carácter asmático al coincidir además con su constitución de hombros levantados en cuadro". Un año antes de su muerte, pareció haber tomado conciencia de sus males el propio Aguirre cuando comentó en una carta a Irujo que estaban enfermos él, Urcola y Javier (Landaburu), y añadió "¡menos mal que Leizaola no se enferma nunca!". La buena salud y apetito de Don Jesús eran ya entonces reconocidos.

Un mes más tarde el *burukide* navarro, en carta al dirigente republicano Claudio Sánchez Albornoz, explicaba la sustitución de Aguirre por Leizaola como un deber, como la necesidad de rehacerse y ofrecerlo como ofrenda a la memoria del muerto. "Leizaola, vicepresidente del Gobierno Vasco, ha tomado en sus manos el cargo que él dejó. Hemos seguido la norma impuesta a la lucha en la que, al caer el capitán, el teniente la toma en sus manos y prosigue la batalla. Todos los partidos y sindicales han aceptado, de grado y con entusiasmo, la solución". No era del todo verdad. La figura de Leizaola creaba grandes dudas. No resistía la comparación con su antecesor, lo que generó en la comunidad abertzale una sensible sensación de orfandad. Lo refleja el lamento de Jokin Intza a Jesús Solaun desde América: "me siento como si me hubiesen vaciado todo lo que tengo dentro de la piel. Les aseguro que es la peor noticia que he recibido en toda mi vida. Y ahora, ¿qué pasará?". La muerte de Aguirre fue recibida también con dolor y preocupación por la gente de aquella ETA recién parida. Un joven cura de Getxo que había visitado a Aguirre en París poco antes de su muerte y que frecuentaba a los fundadores de ETA Julen Madariaga, José Mari Benito del Valle y José Manu Aguirre –a éste, le acababa de casar– comentó que había hablado con él de ETA y le había escuchado decir que estaba atento a las inquietudes de los jóvenes patriotas, al igual que Javier Landaburu. El sacerdote asistió al funeral del Lehendakari, y allí coincidió con Julen Madariaga –también con el futbolista del Athletic Piru Gainza, hizo notar–, entre cientos de paraguas, docenas de sotanas, miles de seguidores y amigos, y unos cuantos policías e informadores destacados por el Régimen franquista.

José Antonio fue desde joven el líder indiscutido para sus compañeros de partido y Gobierno, para la comunidad nacionalista y para los compañeros de ruta. Telesforo Monzón lo reconoció siempre así, incluso después de que hubieran tomado caminos distintos. Ante el pueblo

nacionalista le engrandeció –decía– que hubiera aprendido euskera y hubiera aplicado con los trabajadores, en la empresa familiar de la que su hermano Juan Mari era el gerente, avanzadas medidas sociales. Monzón le recordaba en Bergara, de donde procedían también los Aguirre, vestido de pantalón corto, “de marinerito”, portando en las procesiones una candela, como él mismo por otra parte, aunque la de los Monzón fuera más grande y la llevara el servicio. Y añadía entre esos recuerdos que “étnicamente, José Antonio era totalmente vasco, no como yo; y socialmente, más popular que yo”. Le seguía viendo, de joven ya y pantalón largo, de nuevo en Bergara, en derredor de la iglesia que frecuentaban ambos, con escaso sentido del humor, siempre en su papel –serio, trascendente, solemne, responsable– y asumiendo el rol histórico que le correspondía y estaba decidido a aceptar. “Era capaz de encender el corazón de su pueblo: era el líder, y nosotros sólo satélites”, dejó dicho Monzón.

‘Nosotros’ eran básicamente el propio Monzón, Irujo y Leizaola, este último un erudito magnífico para dar una conferencia a universitarios, hasta que se le cruzara el cable y terminase hablando, por ejemplo, de los refranes vascos del siglo XVI. “Leizaola era el más culto de nosotros –explica Monzón–, pero un negado para las relaciones de grupo o como orador en espacios abiertos. Manuel Irujo era lúcido y podía ser genial: un tribuno”. Y, para sorpresa de más de uno, también *apala*, sencillo. Telesforo se tenía a sí mismo por *alperra* (vago), artista, frívolo, bromista –empezando por no tomarse en serio a él mismo, lo que le autorizaba para no tomar en serio a los demás–, *plaza-gizon*, tribuno, todo lo contrario de Leizaola. “¿Qué pensaría hoy José Antonio?”, se preguntaba a mediados de los setenta Telesforo. “¿Qué pensaría de ETA, de *Enbata*, de los marxistas, de *Goiz-Argi*, de *Zeruko Argia*, del PNV de hoy? No lo sé. Seguramente mantendría un espíritu abierto”.

Muchos otros se preguntarían al paso de los años cómo habría sido la historia de ETA si José Antonio Aguirre no hubiera muerto tan pronto. Iñaki Durañona –él y su hermano José Antonio muy próximos siempre a los dos lehendakaris del exilio, y también a Pepe Michelena y sus Servicios de Información– dejó este testimonio: “Personalmente creo que el futuro de Euskadi, sobre todo la evolución de ETA, no hubiera sido igual en el año 75, cuando murió Franco, si Aguirre hubiera estado con vida. No hay que olvidar que incluso recibió en París a los fundadores de ETA Julen Madariaga, Txillardegi y compañía. Quizá aquel carisma que tenía hubiera podido influir en los dirigentes de entonces de ETA”. Durañona fue testigo privilegiado del relevo de Aguirre por Leizaola y lo explicó así: “Intervienen inmediatamente Ajuriaguerra y los *burukides* del partido. Tuvieron una reunión en la oficina de mi herma-

no –agencia de viajes y otros ‘servicios’ en San Juan de Luz–, y desde el primer momento se decidió que Leizaola iba a ser el Lehendakari. Lo que ocurre es que Leizaola, siendo una bellísima persona, tenía un carácter muy diferente al del Lehendakari Aguirre y posiblemente por eso la muerte de éste causó en muchos una pequeña sensación de orfandad”.

En la Euskadi peninsular las misas por José Antonio Aguirre fueron el descubrimiento de que un sentimiento patriótico y una memoria reservados para la intimidad eran compartidos por una multitud de ciudadanos. Las misas encargadas por la salvación de su alma movilizaron por primera vez desde la guerra a la comunidad abertzale, al cobijo de las iglesias e invocando el derecho que todo cristiano tiene a que se le hagan unos funerales, independientemente de cuáles fueran sus ideas ‘de orden temporal’. Convocadas boca a boca, se generalizaron y sólo en algunas hubo altercados, muy notablemente en Sestao, provocados por falangistas y otras gentes del Régimen. Ocho años más tarde, algo similar sucedió tras la muerte del dirigente de ETA Txabi Etxebarrieta y las misas por el descanso de su alma que se convocaron, la más conocida, seguida y conflictiva, la que el mítico Don Claudio Gallastegi ofició en la iglesia San Antón de Bilbao.

Una parte significativa del clero vasco estaba ya en ese tiempo organizado y preparando la que sería la otra gran noticia de 1960 para los patriotas vascos: la carta de los 339 curas, con nombres y apellidos, dirigida a los obispos de Vitoria, San Sebastián, Bilbao y Pamplona, que arrancaba con una cita del Cardenal Saliège, arzobispo de Toulouse y resistente contra los nazis: *“Resignarse ante la injusticia sin protestar contra ella, sin luchar, no es digno de un hombre ni de un cristiano”*. La carta fue gestionada en el interior peninsular –a pesar de lo que luego dirían autoridades civiles, militares y sobre todo religiosas– con total autonomía y sin ninguna consigna exterior. Los firmantes se cuidaron de que tampoco los sacerdotes exiliados con los que estaban en contacto y compartían en algunos casos publicaciones clandestinas participaran en su gestión. Los dirigentes del PNV y del Gobierno Vasco se enteraron cuando ya había sido entregada a las autoridades religiosas, si bien luego hicieron de ella un uso propagandístico sin precedente. También ETA reparó en su importancia, tomó nota de las firmas y las utilizó para la captación de militantes. Sus primeros ‘liberados’ de finales del 63 y comienzos del 64 se presentaban ante los firmantes y les pedían colaboración, en especial nombres de jóvenes con inquietudes a los que dirigirse: independientemente de las respuestas, que hubieran podido